

Lao Tzu: señas y huellas

(Tal como me la imagino luego de leer el *Tao Te Ching* comenzando por el final).

Walter Saavedra

Lao Tzu nació en Hunan. Ese no fue su verdadero nombre. Y si significaba Viejo Maestro, era solamente un eufemismo, porque tampoco fue viejo cuando salió de China, por eso es que se dice que la traducción más adecuada sería la de Joven Viejo.

Lao Tzu era de origen noble, por ello es que estaba encargado, durante los últimos tiempos de la dinastía Zhou, por el rey Wu, de la Biblioteca Real, de los archivos imperiales, donde tuvo la oportunidad de dedicarse a estudiar los libros más importantes allí contenidos. La calidad y la cantidad de lo leído por este personaje, debe haber sido inmensa, porque no a cualquiera se le confería el cuidado de una biblioteca.

Los estudios de Lao Tzu se centraron en aquellos libros que estaban dedicados al Tao. La filosofía más antigua de China es precisamente la taoísta y utiliza en esencia el “Tao te ching”. Al estudiar esta filosofía antigua, Lao Tzu pudo comprender que el Tao es sólo, o básicamente, el conocimiento del ser humano y de la naturaleza, de las leyes que los rigen.

Lao Tzu fue un pensador que estaba en el lado opuesto de aquel otro que destacó en su tiempo y que se conoce como Confucio. Todo su trabajo es también una polémica contra las concepciones confucianas. Solamente teniendo en cuenta esta polémica se puede entender muchos de los pasajes del Tao Te Ching. Confucio luchaba por recuperar títulos nobiliarios perdidos, glorias familiares pasadas, por llenarse de riquezas, etc., y siempre se destaca su egolatría, ambición e ignorancia.

Confucio en los últimos años de su vida destacó el “I ching”, quería dedicarse a este libro solamente. Pero los comentarios que hizo a ese libro, cuando los leemos, podemos apreciar su falta de originalidad, porque todo es casi repetición exacta de los anteriores comentaristas. En realidad lo que quería decir es que deseaba dedicarse a adivinar el futuro únicamente. Satisfecho de su situación presente, habiendo conseguido lo que se proponía, el presente ya no le interesaba, sino solo el futuro, la estabilidad que podrían tener tanto su doctrina como sus herederos en el futuro.

Quizá, sí, haya ido Confucio a visitar la Biblioteca real donde trabajaba Lao Tzu y se haya entrevistado con él, pero no porque fuese éste un anciano -que no lo era-, sino por los conocimientos que había obtenido de los libros que leía y que con gran habilidad sabía exponer y aplicar a la vida. Confucio quería conocerlo, mostrarse superior, con esa elocuencia que solamente los fatuos pueden desplegar. Claro que no se puede negar que tenía conocimientos y que era muy hábil para utilizarlos.

Pero conocía también sus limitaciones. Por eso sus discípulos se empeñan en negar que hubiese habido tal encuentro. La polémica con Confucio recorre todo el libro de Lao Tzu de manera palmaria. Lo que nos quiere decir que sus vidas sí han de haber coincidido en el

tiempo, aunque nunca coincidieron en sus ideas y en sus objetivos. La vida que llevaron ambos y el final que tuvieron así lo muestra.

Que Confucio no veía con buenos ojos a Lao Tzu, lo demuestra el hecho de que el Tao Te Ching jamás fue puesto entre los clásicos chinos, ni siquiera por los sucesores confucianos. Además, el lenguaje utilizado por Lao Tzu salía completamente de aquel utilizado por los pensadores más destacados de la tradición china. Es de reconocer que la forma expositiva de ese libro tiene parecido más con el pensamiento occidental moderno que con el pensamiento chino tradicional. Es por eso, esencialmente, que no lo comprendían... además no lo comprendían porque el “Tao te ching” su autor lo había ordenado al revés, por lo que se tenía que leer comenzando desde el capítulo 81 y terminando por el primero.

Pasado el tiempo, para poder utilizarlo (puesto que no podían ignorarlo), los representantes de la intelectualidad oficial china, tuvieron que hacer una mezcla, es decir, unir lo que no se podía unir: a Lao Tzu con Confucio. Solamente así comenzaron a leerlo e interpretarlo, o a pretender interpretarlo, porque las interpretaciones eran de lo más contradictorias y hasta absurdas. Se castró al pensamiento de Tzu de su lado más incómodo para los sectores gobernantes contra los cuales él había insurgido y sacrificado tanto.

Durante la vida de Lao Tzu, aquella que dedicaba él a cuidar la Biblioteca Real, la sociedad de su tiempo se debatía en muchas guerras. El rey y su corte simplemente se preocupaban por acumular tesoros y hacer la guerra para obtenerlos, sin preocuparse en lo más mínimo de la seguridad y del bienestar de sus súbditos, que pasaban tantos males y maltratos ocasionados por la ambición y deseo de poder de sus gobernantes. Los mejores miembros de los sectores populares, los jóvenes, eran obligados a incorporarse a los ejércitos y a hacer una guerra que no solamente no querían, sino que no comprendían ni, mucho menos, consideraban suya.

La separación entre el pueblo y el rey era tan clara que las rebeliones se sucedían una tras otra, pero todas fracasaban. Lao Tzu concebía, como lo enseñaba la historia, que el rey tenía como función más importante, y destacada, ocuparse del bienestar y de la seguridad de sus súbditos. Si no era así, derrocarlo era lo que se debía hacer, según enseñaban los antiguos.

Habiéndose empapado de lo que decían los libros, consideró que tenía que ir a conocer directamente la sociedad, a estudiar a los hombres y el medio en el que se movían, en el que vivían, estudiar la sociedad pero también la naturaleza que lo rodeaba y que el ser humano utilizaba de muchas maneras. Luego de estudiar los libros, la naturaleza, la sociedad, quiso poner en práctica todo aquello que había aprendido en sus estudios.

Para conocer mejor a los hombres, tenía que conocerse más a sí mismo. No era el conocer a aquel o conocerse a sí mismo primero, era el conocer a la sociedad, al hombre y a sí mismo, en un proceso holístico, indesligado del conocimiento de la naturaleza, que servía para que el ser humano fuese mejor y viviese acorde con los designios de la naturaleza humana.

Por esa razón, recorrió muchos lugares, especialmente los que están en la rivera del río Yang tse, el más grande de China, bordeó los mares; mucho fue su peregrinar. Tenía

propiedades familiares que se ubicaban en los valles del gran río chino. Mucha gente, sus súbditos, que trabajaba en esos valles.

Lo que comprendió de sus viajes por diferentes lugares, por muchos pueblos fue la situación tan difícil en que vivían por culpa de los señores que despojaban a la gente de sus riquezas, el despojo de los productos agrícolas de que eran objeto los campesinos de los productos de su trabajo por los impuestos antojadizos, la leva forzada de los jóvenes para integrar los ejércitos que eran enviados a luchar y donde la gran mayoría morían; el conocimiento de todo esto y mucho más, lo llevó al convencimiento de que la única manera de solucionar los problemas existentes en ese entonces, era derrocar al rey. Un rey que no cumplía sus funciones. Un rey vicioso, ambicioso, que despojaba a sus súbditos de sus bienes y vidas.

No era el único que eso pensaba. Campesinos y nobles tenían el mismo pensamiento. Es por eso que los movimientos rebeldes eran muchos por esos tiempos. Lao Tzu puso manos a la obra. Se sabía líder, y tenía los conocimientos necesarios para conducir la lucha al éxito. Se puso al frente de uno de esos movimientos, apoyado por muchos miembros de la nobleza, descontentos de la actitud y las acciones del rey y su corte.

Lao Tzu era el líder, nadie le disputó ese liderazgo. Sus condiciones y sus dotes, nadie se los negaba. También había estudiado, se había empapado, acerca de los conocimientos militares en los libros. Tenía solamente que aplicarlos, ahora que conocía la sociedad y a la naturaleza.

Se le plegaron más y más miembros de la nobleza y de la plebe. Todo iba bien. Todo se desarrollaba de una manera que hacía presagiar el triunfo. Pero, no se percató de que podía ser delatado, o quizá la excesiva confianza lo hizo descuidarse. Demasiado rápido creció el movimiento que lideraba. No era posible controlarlo todo. Y aconteció lo que tanto se temía y se teme en todo movimiento rebelde. Hubo una infidencia.

Un comerciante, delató el movimiento, lo contó todo para conseguir hacer un negocio. No lo dijo directamente a las autoridades, pero sí a alguien que tenía conexión con esas autoridades. No lo hizo con esas intenciones, no quiso ser un delator, pero, habló para obtener ganancias. No sabía lo que hacía, pero las consecuencias fueron funestas para el movimiento al que se había plegado. Lamentablemente, en China como en tantos otros lugares, los comerciantes tuvieron pocos escrúpulos, generalmente, y fue un gran error de Lao Tzu no haberse percatado de este simple hecho, de ese error, que resultó muy importante a su debido momento.

Lao Tzu fue delatado, queriendo o no queriendo, por el comerciante. No había otro como él, de sus características. Era fácil dar con él. No se precisaba decir su nombre. Se supo que él era el jefe de un movimiento rebelde, de mucha fuerza pero aún no preparado suficientemente, sin mucha cohesión interna. Conocido antes de poder estar en condiciones, el movimiento tuvo que abortar.

Lao Tzu se vio en la disyuntiva de seguir, como se lo pedían algunos que querían inmolarsse en la lucha, o desbaratar todo para preservar la vida de quienes no eran conocidos, mientras

que él y un séquito muy cercano, que eran los conocidos, huían, al exilio. Todo estaba perdido, sus colaboradores iban siendo apresados unos tras otros. Pero él y sus principales colaboradores no pudieron ser habidos. El rey, no pudiendo capturarlo, tomó como medida borrar por completo su nombre y toda referencia a su persona y a su familia de los registros imperiales. Por eso ahora nada se conserva de él, aparte de algunas leyendas y datos imprecisos que nos han legado algunos historiadores tempranos chinos.

Lao Tzu optó, pues, por el exilio. Era doloroso. Para un chino abandonar China era muy doloroso. Se fue con su familia, compuesta por su esposa y tres o cuatro hijos pequeños. Mucho era el camino. El dolor lo llevaba dentro: el dolor del fracaso, el dolor de la responsabilidad por quienes se quedaban, por quienes iban con él. No podía inmolarse, morir luchando, porque moriría también la familia de quienes aún quedaban con él.

Había que cuidar a quienes ninguna culpa tenían, pero que pagarían con su vida la rebelión de alguno de los miembros de la familia. Se marchó, con algunos de sus más cercanos seguidores y sus familias. Dejaba el suelo patrio con mucho dolor, se dirigía hacia la India, donde encontraría un suelo que lo acogería y le permitiría vivir dedicándose a cultivar su espíritu.

Lao Tzu no podía ir donde sus propios familiares porque donde éstos vivían serían los primeros lugares donde buscarían. Se fue cruzando las montañas, hacia el oeste. Llegó al paso Hsien-ku, donde vivía una persona de confianza: el guardián de una de las puertas, en las montañas que llevan al Tíbet. El guardián se llamaba Yin Xi. Un conocido suyo se lo había recomendado. Era un familiar de este conocido. Yin Xi le dio alojamiento. En realidad, se ocupaba, por ese tiempo, de cuidar una de las puertas que daban acceso al gran imperio chino.

Él era el jefe del pueblo que tenía esa labor. El lugar estaba habitado por una población grande. Era una ciudad. Todos se turnaban para cuidar la seguridad de China, en ese lugar fronterizo. Esta población tenía sus propios terrenos que cultivaba, puesto que se procuraba ella sola sus alimentos. En la época en que Lao Tzu y su séquito llegan, estaban de fiesta que, presuntamente, era una fiesta de la cosecha. Había alegría, bailes, comida abundante, etc.

Le ofrecieron no solamente hospitalidad para el momento, sino para el resto de su vida. Supieron ver en él al hombre superior en conocimiento y en inteligencia. El no aceptó quedarse. Mucha era la responsabilidad. Ellos no sabían en qué se estaban metiendo con esa propuesta. No podía ponerlos en peligro.

Lo que sí hizo Lao Tzu, fue dejar a sus hijos encargados a esas personas que tan bien lo habían tratado. Su primogénito se quedaría allí, al menos en ese lugar él viviría seguro, aunque —y precisamente por ello mismo— nadie conociese su nombre real, porque tuvo que cambiárselo. Él, Lao Tzu, viviría en su familia, que se quedaba.

El guardián -impresionado por su sabiduría- le pidió que escribiera un libro para dejarle sus enseñanzas. Lao Tzu -que había adoptado este nombre para ser conocido allí-, aceptó,

también pensando que así quedarían sus pensamientos para que sus hijos, sobre todo el primogénito, lo conocieran y legara sus pensamientos a la posteridad.

Antes no había escrito nada, pero sus ideas militares, expuestas oralmente a sus seguidores, mientras los preparaba para el gran levantamiento que preparaba, habían sido puestas por escrito por quienes habían recibido sus enseñanzas, después que pasó todo esto, aunque fueron publicadas con un nombre ficticio también: Sun Tzu. Nadie relacionó a Sun Tzu con Lao Tzu y así "El arte de la guerra" fue consultado y aplicado por quienes lo perseguían y pervivió a lo largo de la historia, ganándose, por derecho propio, un lugar en la historia militar de China y del mundo.

En las reuniones que tenía con el portero Yin Xi, en las conversaciones con él y con sus allegados, en medio del jolgorio de la fiesta, iba escribiendo sus pensamientos en lo que tenía mas a mano (servilletas, papeles ocasionales, etc.), de allí el carácter disperso de las ideas, que se nota en el libro (no solamente de un capítulo a otro, sino en un mismo capítulo inclusive).

El "Tao te ching" no es un texto orgánico, al menos no del todo. Lo que le da orden es que allí relata su vida de la manera más sintética –porque no tenía tiempo y porque no quería que se supiera claramente lo que le había pasado–, como un legado para sus hijos. Nadie debía saber quién era, para que sus hijos estuviesen seguros. Nadie debía saber de quién descendían sus hijos.

En esos papeles escritos al ritmo de las conversaciones, en medio del jolgorio y de la tristeza de su partida; en esos papeles escritos en los momentos de soledad, ya sea en su habitación o durante las caminatas por los alrededores del pueblo, nos muestra todos los estados de ánimo que lo agobiaban, las ideas contradictorias que tenía, su dolor al partir, el deseo de pedir el perdón por su rebelión truncada para poder regresar, para que se perdona a sus hijos, y se ve en ellos también el reconocimiento de que no había ya posibilidad de dar marcha atrás, se ve la necesidad de darse cuenta de que él no tenía perdón. Esta idea esta que se impuso finalmente, porque era la única correcta, la única posible.

Tenía que irse. Y se fue. Se fue con el dolor más grande que puede uno imaginar. Se fue con las grandes vacilaciones que eran producto del saber que conocía lo que significaba quedarse: morir allí, o lo que significaba irse a vivir lejos: salvar a su familia y a las familias de sus más cercanos seguidores. Quizás estarían bien en la India (mucho antes del nacimiento del Buda), pero siempre el alejamiento de su lar nativo sería una especie de muerte, mucho más terrible, para ellos: para él y su séquito de fieles, que no lo abandonarían nunca, y harían lo que él decidiese.

Se fue. Superó las vacilaciones. Se hizo fuerte. Por él mismo, por sus hijos, por su séquito de amigos y servidores fieles que dependían de él. Se fue hacia ese destino desconocido que hasta ahora se ignora. Se fue hacia el horizonte, hacia donde el sol se pone, hacia donde muere el sol, como su alma moría con esa separación. Se fue. Lao Tzu se fue.

Como en su patria se ignoraba adónde fue, como solamente se sabía que se había alejado

hacia el oeste, adentrándose en los sectores donde los caminos desaparecían y la naturaleza dominaba, se tejieron muchas leyendas sobre el particular, haciéndose popular el que muchos taoístas se volvieran ermitaños, presuntamente imitándolo.

Pero, la realidad es que huían de una sociedad que les era repugnante por las deformaciones que tenían los gobernantes. A su manera reproducían la huida de su mentor, puesto que no conocían lo que realmente adónde había ido éste. Por ello es que la leyenda lo retrata montado en un buey yendo hacia el horizonte... desconociéndose lo demás.

Nadie supo hacia donde se fue... hasta que pasó mucho tiempo y algunos le siguieron la pista pacientemente, logrando llegar hasta el paso Hsien-ku, donde vivía Yin Xi. Pero éste no conocía mucho ni de lo sucedido antes, ni de lo sucedido después. Definitivamente se perdió la pista de Lao Tzu.

Aun hoy en día no conocemos su nombre real, aunque los historiadores de algunos siglos después, hayan pensado que el nombre real de Lao Tzu era Li Erh. Pero sí sabemos que nos dejó dos libros: "Tao te ching" y "El arte de la guerra", cuyas similitudes, pues, son más que coincidencias.

"La semilla es pequeña,
pero rompe cualquier piedra, cualquier roca
y la hace florecer".

José María Arguedas.